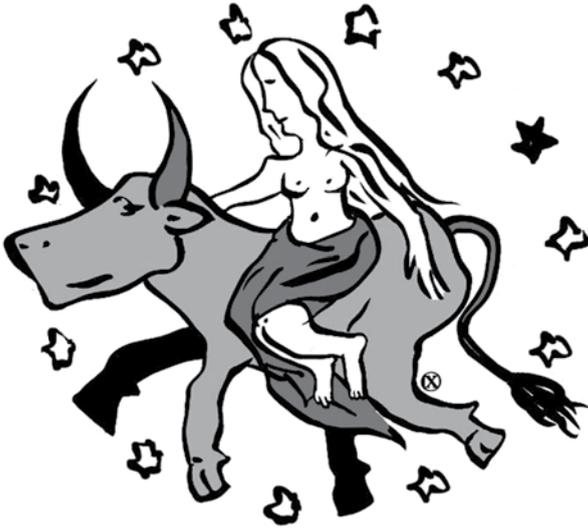


# INQUIETUDES DE UN EUROPEO



FRANCISCO MICHAVILA

# PREÁMBULO





## EL NACIMIENTO DE LA UNIÓN EUROPEA

Año 1950, París. Más de doscientos periodistas habían sido convocados el segundo martes de aquel mes de mayo para que escuchasen una disertación del ministro de Asuntos Exteriores. El encuentro tendría lugar a orillas del Sena, entre el *Pont de la Concorde* y el *Pont Alexandre III*, en el *Salon de l'Horloge del Quai d'Orsay*, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores. No llovía ese día sobre la capital francesa, el cielo estaba despejado y la temperatura era benigna, como suele ocurrir habitualmente durante la primavera en la capital gala; incluso, el termómetro superaba a media tarde los veintidós grados centígrados.

A las seis de la tarde de ese 9 de mayo de 1950, el ministro Robert Schuman iba a pronunciar uno de los discursos de mayor trascendencia de la Historia contemporánea europea. Pocas semanas más tarde, ese texto empezó a denominarse como la Declaración Schuman. Desde 1986, esa fecha de mayo está marcada en rojo en todos los calendarios, ya que en ella se celebra el Día de Europa, según acor-

daron los Jefes de Estado y de Gobierno de los países de la Comisión Europea, en la cumbre comunitaria celebrada en Milán a finales de junio del año anterior. En una de las frases más célebres de la Declaración se afirma que: *Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho*. Una profecía certera sobre lo que ocurriría en el medio siglo siguiente.

Tanta relevancia tuvo la intervención del ministro Schuman, de aquel martes de mayo de 1950, que ese día ha adquirido carácter histórico, pues se considera como la fecha del nacimiento de la Unión Europea. No faltan buenas razones para tal conmemoración, por la importancia que daba la Declaración a su voluntad promotora de la construcción europea y la paz. Ambas interrelacionadas, pues en el texto se afirmaba, en referencia a la Segunda Guerra Mundial, que *Europa no se construyó y hubo la guerra*.

Mientras el ministro francés pronunciaba sus palabras, sentado a su derecha se hallaba uno de los personajes más influyentes entonces en la política y la economía francesa, Jean Monnet, a quien se atribuye la preparación y redacción de la trascendente declaración. Conciso y directo, el documento es considerado como la primera proclama solemne de la voluntad de construir la Europa unida, hecha por un dirigente político europeo del máximo nivel. El propio Schuman atribuye la paternidad de la idea a Monnet, a quien admiraba y en quien veía «los méritos excepcionales de un hombre, él mismo excepcional, mi amigo Jean

Monnet». Sin ambages, lo consideraba el inspirador y futuro ejecutor del plan que contenía. Monnet había dicho tiempo atrás que «construir Europa es construir la paz». La idea primera que subyacía con carácter prioritario en la preparación de la Declaración Schuman era que se evitase en el porvenir otra guerra entre franceses y alemanes.

Monnet pensaba que la producción conjunta del acero y el carbón por ambos países haría inviable un nuevo conflicto, y proponía la creación una Alta Autoridad sobre la materia, de franceses y alemanes en común. Schuman asumió la responsabilidad política de llevar a la práctica el plan pacifista de Monnet, e hizo suya la tesis de que un posterior enfrentamiento bélico «no solo sería impensable, sino materialmente imposible». Al respecto, en otro párrafo de la Declaración se podía leer que *la puesta en común de las producciones de carbón y acero (...) cambiará el destino de esas regiones, que durante tanto tiempo se han dedicado a la fabricación de armas, de las que ellas mismas han sido las primeras víctimas.*

Apenas un año después, el 18 de abril de 1951, con el Tratado de París se llevó a la práctica la idea de unir los intereses de Alemania y Francia mediante la creación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, más frecuentemente conocida por su acrónimo: la CECA, el sueño perseguido por Jean Monnet desde hacía tiempo. Una vez constituida, Monnet fue nombrado presidente de la Alta Autoridad que debía regir la Comunidad, en la que se integraron, junto a los franceses y alemanes, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo e Italia.

La Declaración Schuman vinculaba la voluntad pacifista que impulsaba con la existencia de tal comunidad franco-alemana para la producción conjunta de carbón y acero, y decía que esta asociación sería un embrión de la futura unificación de los europeos, al que se sumarían otros países para constituir un espacio de libre circulación de personas, capitales y mercancías. Sin mencionarlo explícitamente, en el texto se vislumbraba lo que sería posteriormente, con el Tratado de Roma suscrito en 1957, la creación de la Comunidad Económica Europea como primera fase de la posterior constitución de la Unión Europea. También tenían claro Schuman y Monnet que las naciones europeas se encaminaban hacia una unión fundada tanto en la paz como en el respeto mutuo. El primer paso lo daba la economía, el segundo correspondería darlo a la política más adelante.

Desde el momento que acordaron su proyecto europeísta hasta que lo hicieron público, tuvieron que salvar numerosas dificultades, unas debidas a motivos económicos y otras a recelos políticos. Fue Schuman como ministro quien jugó en esos momentos el papel principal, frente a las posiciones contrapuestas de los principales partidos políticos de la Cuarta República, cuyos airados debates en la Assemblée Nationale podían hacer naufragar el Plan concebido. También con antelación a su anuncio, Schuman consiguió el apoyo entusiasta del canciller alemán, Konrad Adenauer, con quien había trabado una sólida amistad desde el año anterior.

¿Cómo habían llegado a encontrarse Monnet y Schuman, cuyas trayectorias vitales habían sido tan diferentes? Schuman era un «hombre de frontera», nacido en Luxemburgo en 1886, su padre era natural de Mosela y su madre luxemburguesa; en la adolescencia y la juventud su vida había discurrido por Lorena y tierras alemanas. Monnet nacido en 1888, en una familia de comerciantes y productores vitícolas de Cognac, pronto emprendió camino hacia horizontes lejanos, por América y por Europa. Antes de 1950, ambos habían pasado por diversas vicisitudes y vivido experiencias complejas que les sirvieron para reafirmar sus convicciones sobre la bondad de la unificación europea. Los dos recibieron tiempo después la consideración de *Padres de Europa*, un papel que solemnemente les reconoció la Asamblea Parlamentaria de la Comunidad Europea, junto al canciller Konrad Adenauer y Alcide De Gasperi, varias veces presidente del Consejo de Ministros de Italia.

Los primeros años de la vida de Robert Schuman se vieron sometidos a los constantes vaivenes sufridos por la frontera entre Francia y Alemania, a causa de la guerra franco-prusiana de 1870, primero, y de la Primera Guerra Mundial, después. Por esa circunstancia, no obtuvo la nacionalidad francesa hasta el final de la Gran Guerra, en 1919; su educación fue esencialmente alemana: estudió Derecho en las Universidades de Munich, Berlín y Strasbourg para, posteriormente, iniciarse en el ejercicio de la abogacía en Metz. En los años veinte, se adentró en la complicada política francesa de la última etapa de la Terce-

ra República y colaboró con Aristide Briand en sus esfuerzos por el entendimiento entre germanos y galos. Se inscribió en la *Union Républicaine Lorraine*, del *Bloc National* de Raymond Poincaré y, posteriormente, en Parti Démocrate Populaire. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Schuman se hallaba en Metz cuando la ocuparon los nazis y fue detenido por la Gestapo. Se evadió de su confinamiento en 1942 y se incorporó a la Francia libre, poniéndose a las órdenes el Jefe de la Francia Libre, el General Charles de Gaulle. Tras la Liberación, formó parte del Gobierno Provisional como ministro de Finanzas.

La historia de joven de Schuman fue un claro ejemplo del dolor causado por las divisiones y los enfrentamientos entre europeos. Desde el primer momento estuvo a favor de la reconciliación y abogó por el desarrollo de un proyecto de cooperación de Francia con Alemania. Ello le granjeó la desconfianza de algunos de sus compatriotas franceses, hasta el punto de que el ministro de la Guerra del primer gobierno francés tras la liberación, André Diethelm intentó que fuese detenido. Gracias a De Gaulle consiguió que el expediente acusador se archivase.

Cuando era ministro de Finanzas de la Cuarta República, Schuman solía decir: «dadme unas buenas finanzas y os daré una buena política»; presidente del Consejo de Ministros de Francia entre 1947 y 1948, asumió la cartera de Asuntos Exteriores ese último año. Ese era su cargo cuando presentó la célebre Declaración, y en él permaneció hasta 1952. Jean Monnet lo describió en sus Memorias

como «un hombre sin deseos personales, sin ambiciones, de una sinceridad total y una inmensa humildad intelectual, que lo único que buscaba era servir donde y cuando hiciese falta».

Muy diferente hasta ese afortunado 9 de mayo de 1950 había sido la trayectoria vital de Jean Monnet, que a su vocación por la política unió su dedicación a los negocios familiares y a la banca. Muy temprano fue introducido por su familia en las ventas comerciales de una marca de coñac de su propiedad y se convirtió en una especie de vendedor ambulante por Norteamérica y Europa, lo que le permitió conocer y familiarizarse con las diversas culturas y costumbres de los pueblos que visitaba.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Jean Monnet presentó al Gobierno Francés una propuesta sobre cómo podían coordinarse con mayor eficacia los transportes de suministros del ejército francés con los de otros aliados. Ello le aportó rápida notoriedad en los círculos de poder y, gracias a la relevancia adquirida, en 1919 fue nombrado secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones.

Durante la Segunda Guerra Mundial, en 1943, fue nombrado miembro del *Comité Français de Libération Nationale*, con sede en Argel. Ya en ese tiempo, Monnet expuso sus ideas europeístas en diversos escritos. En uno de ellos, a propósito del porvenir de Europa tras la derrota del nazismo y el fascismo, afirmó que *no habrá paz en Europa si los Estados se reconstruyen sobre una base de soberanía nacional (...)*

*Los países de Europa son demasiado pequeños para asegurar a sus pueblos la prosperidad y los avances sociales indispensables. Esto supone que los Estados de Europa se agrupen en una Federación.* Paso a paso, Monnet fue edificando su ideal de unificación europea sobre un fundamento económico que, a la vez, propugnaba se sustentase en la solidaridad. El logro de esa unión política de los europeos era, para Jean Monnet, la mejor garantía que podía encontrarse para asegurar la paz en el futuro de las tierras de Europa.

Tras la liberación de Francia, Monnet diseñó un plan quinquenal de equipamiento y reconstrucción de su país, conocido como el *Plan Monnet*. Dicho Plan, apoyado en determinados aspectos en contribuciones del Plan Marshall, permitió un acelerado relanzamiento económico de Francia en poco tiempo. Los resultados fueron espectaculares y su país recuperó la mejor cara. Años más tarde de hacerse pública la Declaración de 1950, Robert Schuman dijo que la consideraba una continuación del Plan Monnet.

Sin embargo, la figura de Monnet fue criticada por el sector más conservador y nacionalista de los que se agrupaban bajo los principios del gaullismo tradicional. Así lo denostó Eric Branca, con no poca saña, en su obra *L'ami américain*, donde casi llegaba a acusarlo de ser un agente al servicio de los intereses norteamericanos, tan opuestos a las pretensiones francesas en los tiempos de De Gaulle.

Tras la divulgación de la Declaración Schuman con su enorme impacto, los dos protagonistas continuaron con

los planes europeístas. Robert Schuman, tras dejar el Quai d'Orsay, de 1955 a 1961 fue presidente del Movimiento Europeo y, en 1958, lo eligieron presidente de la Asamblea Parlamentaria Europea, precedente del actual Parlamento Europeo. Abandonó esa función en 1960, tras sentir los primeros síntomas de una grave enfermedad, de la que falleció en 1963. Por su parte, Jean Monnet, dimitió de su responsabilidad directiva de la CECA en 1954, al oponerse Francia al desarrollo de un plan para la creación de la Comunidad Europea de Defensa, y, al año siguiente, con su permanente espíritu inquieto, creó el *Comité de Acción por los Estados Unidos de Europa*, pues Monnet consideraba que había llegado el momento para avanzar hacia la unificación política de los países europeos. Sin embargo, chocó en su empeño con la frontal oposición del General de Gaulle, quien acababa de regresar a las tareas de gobierno y se encontraba al principio de su fundación de la Quinta República (unos años después, al final de su periplo como gobernante, en una entrevista en la Televisión pública francesa, De Gaulle reconoció que los países europeos deberían transformarse en un futuro próximo en una Confederación). En sus memorias, Monnet se lamentó de la actitud del fundador de la Quinta República, y añadió: «Pasa el tiempo y Europa se demora en el camino en el que tanto se ha adentrado ya. No podemos detenernos cuando a nuestro alrededor el mundo entero se halla en movimiento».

Monnet abandonó las funciones de tipo representativo que había desempeñado hasta entonces y, en sus últimos

años, se convirtió en un referente imprescindible para quienes pugnaban por hacer progresar las ideas unificadoras de los europeos. Muy comentado fue que, en una entrevista suya de este último tiempo, a la pregunta de que en el caso de que volviera a comenzar su trabajo en pos de la construcción europea, ¿por dónde lo haría? Jean Monnet, el Padre de Europa que había puesto a la economía en primer término en cuanto a sus prioridades para la acción unificadora, dijo que no lo iniciaría de nuevo por la economía, sino que lo haría por medio de la educación. Monnet murió en 1979.

## UNA APROXIMACIÓN PERSONAL AL EUROPEÍSMO

Mi vida discurrió en París durante el lapso comprendido entre julio de 2018 y julio de 2019. Desde mi tiempo de estudiante, a principios de los años setenta, no había disfrutado de otra estancia tan prolongada en la que solía denominar mi amada ciudad. Como consejero de Educación ante la OCDE, UNESCO y el Consejo de Europa, me asignaron un despacho en el edificio de la Embajada española situado en el 22 de la Avenue Marceau. Debajo de una ventana de esa oficina hay una placa dedicada a Max Aub, que había sido colocada allí un año antes de mi

llegada. En ella se rinde homenaje al gran escritor y pensador comprometido con la democracia y la defensa de la República. En unos meses que transcurrieron a caballo entre 1936 y 1937 ocupó Aub, como consejero de Cultura una dependencia análoga, situada en el edificio que existía previamente en el mismo solar de la actual Embajada de España en París. Desde ese lugar hizo cuanto pudo para obtener apoyo internacional para la causa democrática de la República Española y, también, dedicó otra parte no menor de su tiempo a las gestiones con Pablo Picasso para que aceptase el encargo del Gobierno republicano de pintar el que posteriormente sería conocido como el *Guernica*.

Durante mi estancia parisina, cada día que contemplaba el texto con el que se tributa homenaje a Max Aub, no dejaba de recordar aquella idea suya —tan certera— de que «se es de donde se hace el bachillerato»; o sea, en su caso, de València. Algo que inevitablemente llevaba también mi pensamiento al conocido dicho de Rainer Rilke de que «la verdadera patria de una persona es su infancia».

Dándole vueltas a esas posibles identificaciones, me he planteado en más de una ocasión: ¿cuál es la patria o las patrias, con las que me identifico, porque creo en ellas y las siento reflejadas en mi espíritu?

Hace apenas un par de meses, me hallaba un día en Benicàssim contemplando, una vez más, mi querido mar Mediterráneo. Un rito con el que me siento íntimamente reconfortado, viene a ser para mí como ir a reencontrar a un

amigo del que vivo lejos, pero que nunca olvido. Al revés, siempre lo añoro.

Mirando la tonalidad oscura que da la última luz de la tarde a su color azul pensé aquella tarde, como en otras ocasiones recientes, en el tiempo convulso que ahora vive nuestro mundo europeo, y con mayor intensidad sus tierras del Sur. A la vez, dejaba ir mi imaginación hacia las historias del pasado, de aquella época lejana cuando los portadores de la cultura y los valores griegos y romanos venían desde más al Este marino en sus navíos. Contraponía los tiempos de avance de la civilización con las noticias que llenan los medios de comunicación sobre personajes siniestros, con aire de matones como Salvini, o que ejercen la brutalidad que gana terreno también desde los despachos, como el húngaro Orban, y amenazan nuestra sociedad con la vuelta, tan inquietante como impensable al comienzo del presente siglo, de una nueva forma de totalitarismo. Y me preguntaba hasta dónde alcanzaba mi sentimiento de patriota europeo. ¿Dónde hoy puede asentarse Europa? ¿Cuáles son sus certezas y, sobre todo, cómo ayudar a construirla? ¿Es digno permanecer en silencio, sin oponer argumentos y palabras comprometidas en la defensa de posiciones opuestas a quienes amenazan los valores democráticos y culturales? No, no y mil veces no.

Si abrazo con firmeza alguna certeza es la del europeísmo, que me lleva a coincidir con Marcelino Domingo, ministro republicano de Instrucción Pública y Bellas Artes, cuando afirmaba en su obra *Libertad y autoridad*, publi-

cada en 1928, que «es Europa la patria de la que merece la pena ser patriota», tal como recuerdo posteriormente en el texto *Nosotros, los europeos*. Pero ¿me basta con ello, con una coincidencia con un personaje ilustre del pasado? ¿Puedo identificarme con el Sur de esa Europa, y nada más? Europeo sí, mediterráneo también; ¿con esos dos términos me basta para delimitar los valores con los que defino la visión de *mi patria*?

Los valores europeos me identifican. La tolerancia, la libertad, el predominio de la razón, el respeto al que piensa diferente, la democracia, el Estado de Derecho, entre otros definen para mí la esencia intangible de esa patria europea que hago mía. E identifico la razón íntima de mi existencia con tales valores, los más universales que conozco como basamento de la condición humana.

En 2001, el Tratado de Niza estableció la *Carta Europea de Derechos Fundamentales* en la que se describían los principios comunes de los miembros de la Unión Europea. Seis años más tarde, en el Tratado de Lisboa de 2007 se destacaban como valores comunes en la construcción de la Unión Europea el respeto a la dignidad humana, la libertad, la democracia, la igualdad, el Estado de Derecho y el respeto a los derechos humanos. ¿Quién no puede sentirse patriota de una sociedad basada en esos principios?

EL AUTOR NOS CUENTA:



*Inquietudes de un europeo* es un libro que reflexiona sobre el futuro de Europa, sus debilidades y fortalezas, y los obstáculos que debe superar la unificación de los europeos mediante un proyecto político fundado en la cultura, la ciencia y la historia de los pueblos actuales de la Unión Europea. En sus *Memorias*,

**Jean Monnet** decía que «pasa el tiempo y Europa se demora en el camino en el que tanto se ha adentrado ya. No podemos detenernos cuando a nuestro alrededor el mundo entero se halla en movimiento».

El **proceso de integración europea** tiene frecuentes achaques, una mezcla permanente de certezas y dudas, aunque todos los países están convencidos de su irrelevancia si cada uno actúa por separado. La fortaleza de la Unión Europea son los llamados **valores europeos** que definen su esencia intangible: la tolerancia, la libertad, el predominio de la razón, el respeto al que piensa diferente, la democracia y el Estado de Derecho.

La obra aborda asuntos variados, desde la economía hasta los populismos, desde las relaciones con Norteamérica hasta el auge de China, desde las raíces de Europa y sus símbolos hasta la crisis sanitaria, desde la educación y los grandes proyectos universitarios de investigación hasta la corrupción.

No tiene el libro, huye de ello, la pretensión formal ni la estructura de un tratado académico o erudito sobre la cuestión europea. La redacción de los textos está guiada por la pretensión de alejarse de las batallas partidistas. Son artículos de unión, no de enfrentamiento. Cada una de sus reflexiones están alentadas por un permanente afán de explicar y de animar.

Las ilustraciones de la cubierta y del interior son obra de **Xipell**

VENTANA ABIERTA

**tecnos**

[www.tecnos.es](http://www.tecnos.es)

ISBN 978-84-309-9003-0



9 788430 990030

1212311